

Placeres secretos

Silvia Peláez

Ahí estaba la fotografía, entre el montón de papeles de aquella vieja caja amarillenta. No podía recordar de cuándo o de dónde provenía. Sin embargo, mi corazón comenzó a latir con más fuerza al acercar mi mano a la tiesa caja de zapatos que me miraba como si me conociera.

Si no hubiera sido por la forzosa mudanza, no la habría encontrado en el fondo del ropero. Un ropero amplio, de tres puertas, de nogal y con llave, que había sido de mi madre y de mi abuela. A veces se atora la llave en la cerradura y hay que meter un cuchillo para abrirlo.

Al pasar de los años he guardado la ropa que no uso, los libros que no leo, los objetos por los que he perdido interés, al fondo del ropero. Y también la caja. Al encontrarla creí que contenía unos zapatos viejos, de esos que uno guarda por ver si los vuelve a usar algún día. Pero justo antes de levantar la tapa, y en el momento en que una mosca revoloteó sobre mi cabeza, recordé de qué se trataba.

Recuerdos. Ese era el contenido de la caja. La mosca pareció saberlo, y se posó sobre la tapa para mesar sus patas como saboreando lo agrisado o amargo o salado de los resabios de la memoria. Mi corazón latía tanto que pensé que acudirían los vecinos. Pero no fue así. Era un sonido más bien sordo, interno. También las manos me sudaban. De momento, todo era sorpresa para mí. No llegaba a comprender por qué el corazón amenazaba con romper las capas de piel y la tela vibrante de la blusa, ni por qué me sudaban las manos como cuando de niña iba a presentar un examen difícil.

Había que tirar, desechar, regalar y vender todo aquello que no fuera imprescindible para el cambio. En esta casa todo había terminado. Me veía obligada, en cierta forma, a buscar otros rumbos. Así que era inevitable abrir la caja a pesar de lo que pudiera encontrar.

Con un rápido movimiento de la mano derecha espanté a la mosca, que fue a posarse en la ventana, levantando de cuando en cuando la cabeza, como si disfrutara el paisaje de la tarde. Tomé el lienzo húmedo con el que había estado limpiando el barandal de la escalera. Lo pasé con cuidado sobre la tapa de cartón, que en otros tiempos no era amarilla sino blanca, sin logotipos ni colores publicitarios. Una simple caja de zapatos. ¿Qué había yo guardado ahí?

Entonces, como si un impulso se hubiera apoderado de mis dedos, como si de pronto hubiera yo enfermado del síndrome de la mano extraña, levanté la tapa con brusco movimiento. Ahí había guardado objetos variados que nada tenían que ver entre sí, a no ser la coincidencia en el tiempo.

Un lapicero descompuesto de cuando cumplí quince años; una muñeca morena vestida de hawaiana traída por un tío en vacaciones; una sonaja de plata que usé cuando de bebé apenas podía distinguir el rostro y la voz de mis padres; un camafeo, regalo de mi abuela cuando fui elegida reina de las fiestas patrias; y la fotografía de mis compañeras de primaria, tomada al salir de sexto año.

Tomé la fotografía apartando el resto de los objetos. Recorrí con el dedo cada uno de los rostros de mis compañeras, tratando de recordar su nombre: ahí estaban Irina y Pilar; y Georgina. Cristina y Diana, Araceli, Olivia y Tomasa; Irma, Sara, Cecilia y Yolanda; Leticia, Dina y Mariana. Todas con la falda plisada color vino quemado, camisa blanca de manga corta y un ridículo corbatín haciendo juego con la falda. El sol nos daba sobre el rostro y muchas teníamos los ojos achicados, como miopes.

Al llegar a mí, sonreí al ver a la niña de once años que era yo: pelo lacio, peinado hacia atrás, ojos jalados por el peinado engominado. Me reconocí y recordé por qué había latido así mi corazón. Pensé en esa niña confundida, a la que le gustaba la Aritmética tanto como la Gramática, la Geografía tanto como la Historia Sagrada, la Biología tanto como la Geometría.

Era difícil verme así, en el pasado, cuando se podía pensar que todo era inocente y que no había pecado. La palabra "pecado" me parecía, y aún me sigue pareciendo, que contenía algo de filoso y cortante en sí misma.

Pensativa, con el dedo índice sobre mi cara infantil, recordé ese día, cuando nos tomaron la foto. Habíamos sido convocadas a ir bien limpias y planchadas. Llegó el fotógrafo cargando su tripíe y una franela negra para esconderse de nosotras mientras disparaba el gatillo. La madre-maestra Amparo, con las manos sobre su vientre abultado y vestida de negro de pies a cabeza a pesar del calor, nos miraba complacida detrás de sus anteojos.

Antes de empezar las clases teníamos que rezar una jaculatoria, persignarnos y sentarnos para iniciar con la clase de Historia Sagrada.

En esa clase lo que más me atraía eran las aventuras de los héroes y heroínas que habían muerto por defender sus creencias; esos mártires que, con el tiempo, se habían convertido en santos a pesar de sus pecados previos. En ocasiones, la voz de la madre-maestra se convertía en un barullo lejano, y con la imaginación, llegaba navegando a través del túnel de mi mirada estática sobre las láminas verdosas del libro, a aquellos tiempos en que la religión cristiana trataba de afianzarse en el mundo.

Mientras alguna de mis compañeras leía en voz alta aquellas anécdotas que se antojaban cuentos, yo imaginaba ser parte de la aventura; pero si el mártir había sido muerto por un león, yo era el león; y si la joven había sido quemada, yo era el fuego.

Casi inmediatamente después de la clase de Historia Sagrada, como si se desprendiera del mismo libro, la madre-maestra aprovechaba para decirnos que nuestro cuerpo era malo, que no debíamos tocarlo, que si uno tocaba su cuerpo en ciertas partes podría quedarse ciego, y que eso era pecado.

Nunca supe si mis compañeras se tocaban, pero llegaba a clase buscando alguna ciega, e imaginando lo terrible que sería comprobar las sentencias de la madre-maestra Amparo. Por supuesto, esto nunca ocurrió. Y casi estoy segura de que mis compañeras tocaban su cuerpo cuando estaban solas, porque yo también lo hacía. Explorar para conocer; hurgar para aprender; pecar para crecer.

La madre-maestra nos miraba fijamente, una a una, cuando decía esas cosas. Hablaba del pecado original, de los pecados veniales, de los pecados mortales, de los siete pecados capitales y de los diez mandamientos. Decía que uno había nacido manchado con el pecado original

cometido por Adán y Eva; que no ayudar a un necesitado era un pecado venial pero que no comulgar era un pecado mortal; que nunca había que caer en alguno de los siete pecados capitales como la soberbia o la gula o la lujuria; y que había que obedecer los diez mandamientos, los cuales habían de ser memorizados, pero cuando preguntabas el significado de “no fornicarás” no recibías respuesta y empezaba la clase de Gramática.

Llamaba mi atención lo del “pecado original”. ¿Quería decir que no había ningún otro pecado como ese? Entonces, este pecado debía ser algo muy especial, pensaba yo. Luego la madre-maestra, mirando por encima de sus anteojos, nos explicaba que el pecado original consistía en que Adán y Eva habían comido del fruto prohibido. A mí esa historia se me antojaba fantástica y en mi mente la imaginaba como un cuento. Fue también por esa época que caí enferma y estuve en cama durante dos meses. En ese tiempo, cuando no dormitaba a causa de la fiebre, leía cuentos de hadas. Unos enormes libros de papel color arena, con dibujos de línea en tinta negra, me regalaban historias mágicas de duendes, hadas, reinas y príncipes en reinos maravillosos y encantados. Así que las anécdotas de la Historia Sagrada eran para mí algo similar a estos cuentos.

Muchos años después tuve un sueño impresionante: Eva resplandecía con su piel verde brillante y paseaba por el hermoso jardín del paraíso. Adán no estaba por ninguna parte. Eva se recostaba sobre el pasto vibrante, rodeada por una altísima barda cubierta de hiedras y otras plantas. Así, recostada como quien toma el sol en la playa, Eva se ponía sus lentes oscuros. Echaba la cabeza hacia atrás, dejando caer la cabellera lacia, pesada y negrísima. De la maleza surgía la serpiente, juguetona, invitando a Eva a investigar un poco más en el jardín, a atreverse. Eva se resistía. Entonces, la serpiente insistía con una gran sonrisa seductora, mostrándole a Eva un exótico árbol de cuyas ramas colgaba una fruta aún más exótica: una especie de guayaba enorme color otoño, con largas vellosidades que surgían de su centro. Al verla, Eva no pudo resistir más y se levantó. Tomó la fruta entre sus manos y acercó la cabeza para olerla, cuando la serpiente le dijo: “Sin embargo, una vez que muerdas la fruta, el paraíso no será el mismo”. Eva miró de reojo al ofidio, abrió

su boca tanto como pudo y encajó sus dientes en la carne rosada de la guayaba, dejando escurrir el dulce jugo por su cuello. En ese momento la risa de la serpiente llenó el espacio y el paraíso se derrumbó.

Desperté asombrada. Casi con la sensación de estar escuchando la risa de la serpiente. Estaba yo boca arriba, con las piernas dobladas hacia mí, de modo que los talones casi tocaban mis nalgas. Esa era la posición en que había aprendido a buscar el placer por mí misma. Introduje mis dedos bajo el resorte de las pantaletas y encontré húmeda mi vulva. Sonreí, y mientras recordaba aquello del pecado original y cómo me había impactado hasta el grado de transformarlo en sueño, deslicé plenamente mi mano entre las piernas y oprimí el clítoris hasta exprimir los jugos del placer.

—o0o—

Había una gran variedad de pecados en los que podíamos incurrir. Incluso a la fecha no sé por qué enfatizaban aquellos concernientes a las relaciones sexuales y el cuerpo, de modo que pecado venía a ser todo aquello que tuviera que ver con el apetito sexual y la satisfacción de éste.

A pesar de las enseñanzas de la escuela religiosa, llena de monjas (madres-maestras) que pululaban en sus trajes negros, con capilla y huerta además del internado, yo sospechaba que, por alguna razón, nos mentían. A mis once años, y después de haber estado ahí desde segundo de primaria, pensaba que el sexo no era pecaminoso. Por el contrario, era una forma en la que quienes se amaban se demostraban el amor mutuamente, así lo había yo percibido en mi casa.

Para las monjas también era pecado la risa. Mis compañeras y yo gozábamos con reír durante las misas celebradas en la capilla ubicada al fondo de la huerta y dedicada al Sagrado Corazón de Jesús. Para mí no había nada de malo en reír, aunque reconocía que hacerlo durante una ceremonia religiosa no era lo más adecuado. Pero la risa venía a torrentes inesperados, como si se tratara de una avalancha que no se podía contener ni con la mirada dura y espesa de la madre-prefecta.

Cierto día, en la mañana, cuando tenía nueve años y cursaba el cuarto año de primaria, me desperté con un dolor localizado en ambos se-

nos. Alarmada fui con mi mamá, quien me revisó y llamó al doctor. Estaba yo empezando a desarrollarme, a convertirme en mujer, a ser carne de pecado. En mi grupo otras compañeras ya habían pasado por esto. Una de ellas, Irina, había desarrollado unos enormes senos que flotaban detrás de la camiseta apenas cubierta por la delgada blusa blanca de manga corta. La madre-maestra Amparo no cesaba de insistirle a mi amiga que usara ropa adecuada para esconder su femineidad, pues era evidente que lo necesitaba.

Entre las compañeras corría el rumor de que las monjas se vendaban los senos apretadamente para que, aunque fueran talla 38 copa C, lo disimularan bajo sus largas e impersonales batas negras. También se decía que se bañaban vestidas con batas blancas de algodón que, mojadas, se pegaban a su cuerpo, el cual no podía ser visto directamente por ellas sin que fuera considerado como un grave pecado que habrían de confesar después, imagino que ante el oculto placer del sacerdote.

En una ocasión, mi amiga Irina, otra niña llamada Dina y yo bajábamos por una de las empinadas calles que solíamos tomar para llegar a casa. Bajábamos la pendiente, platicábamos un poco en la esquina, mi amiga tomaba un camión, Dina otro, y yo caminaba cuesta arriba hasta llega a la reja blanca de mi casa, en la que me esperaba un par de gansos juguetones.

Ese día, apenas habíamos empezado a descender la pendiente, cuando Dina y mi amiga corrieron cuesta abajo como si alguien las persiguiera, haciéndome señas desesperadas que yo tardé en descifrar: me estaban diciendo que algo pasaba en el zaguán de enfrente. Miré tranquila hacia la oscuridad recortada en el sol del mediodía. Ahí estaba un hombre, pantalones abajo, mostrando sus "encantos" masculinos. Yo lo miré con una suerte de compasión extraña para una niña de mi edad, pero lo cierto es que no me dio risa ni miedo ni me causó sorpresa. Lo miré, quieta, mientras mi amiga me gritaba asustada. ¿Sería pecado ver a un hombre casi desnudo en la calle?

Al poco tiempo ese hombre se atrevió a mostrarse ante algunas alumnas de secundaria, quienes avisaron a la directora de la escuela, la que, a su vez, llamó a la policía. Cierta día, cuando mis amigas y yo regresábamos a nuestra casa por aquella calle, en lugar del hombre agazapado en

el zaguán había una patrulla. En su interior estaban sentados los policías, con sendas sonrisas lascivas, que nos miraron como si sus ojos fueran la extensión de sus deseos más oscuros.

Entonces sí tuve ganas de correr. Mis amigas se alegraban de que la patrulla nos cuidara. Yo no. Sentía que esos dos policías nos miraban las tiernas corvas y los pechos recién estrenados, como si fueran lobos babeantes. ¿Sería eso pecado? Pensé que aquel hombre, cuyo rostro nunca vi, y que buscaba placer a través de los ojos asustados de las niñas al ver un cuerpo masculino al desnudo, era más inofensivo que los policías gordos, quienes sonreían mientras en sus cerebros seguramente se dibujaban escenas eróticas donde nosotras éramos las protagonistas.

Sonó el timbre para regresar a clases después del recreo. Irina y yo estábamos en la huerta, bajo los manzanos y naranjos, caminando sobre un montón de hojas secas. Ella me había encontrado en la capilla adjunta. En realidad yo no iba a rezar sino a platicar —ahora creo que conmigo misma— en voz alta, sobre mis preocupaciones y mis deseos a futuro. Yo hablaba mientras veía cómo subía y bajaba la llama de la lámpara votiva. Se escuchaba el silencio de afuera, mientras en mi cabeza las palabras no dejaban de sonar. Y preguntaba: ¿Por qué es malo el cuerpo? ¿Por qué no podemos tocarnos? ¿Es malo el placer?

Irina tocó mi hombro. Me miraba sonriendo. Calladas, salimos de la capilla. El calor de las doce del día había mojado nuestras blusas bajo las axilas con un sudor que acusaba ya la presencia de hormonas. Atravesamos la huerta y escuchamos la llamada a clases.

Ese día la madre-maestra nos habló de la culpa en relación con el pecado. “Por mi culpa, por mi culpa, por mi grande culpa”. ¿Culpa de qué? De querer conocer el cuerpo y aprender a escucharlo. De no rechazar el placer natural de las sensaciones agradables. Culpable, culpígeno.

Los moscos zumbaban borrachos de calor. La casa dormía y yo dormitaba, cubierta sólo por la sábana, pues la temperatura había aumentado superlativamente durante la noche. De pronto mi mano cayó sobre mi pubis. Lo palpé. Era una zona del cuerpo como acolchada, esponjosa a los lados. Sentí curiosidad y deslicé mi mano por debajo del pantalón de mi pijama. Ahí estaba esa especie de cojín suave, cubierto por una

suave vellosidad que habría de convertirse, no dentro de mucho, en vellos brillantes y rizados.

Dejé que mis dedos siguieran avanzando. Descubrí una hendidura. Introduje el dedo índice y sentí cómo un cosquilleo me recorría la espalda. Por mis ojos, que tenía cerrados, pasaron imágenes de la madre-maestra hablando del pecado y de los mártires muertos en la hoguera, de la capilla con sus imágenes mudas y del hombre desnudo escondido en la oscuridad. Seguí jugando con los dedos y encontré todavía una capa más profunda. Al tocarla mi respiración cambió. Supe que a eso se referían las monjas cuando hablaban de “no tocarse”. Lo que querían decir era que los placeres secretos del cuerpo eran pecado. Yo no le veía nada de malo, pues la sensación era más bien deliciosa.

Después de acariciar mi vulva un rato, retiré la mano y crucé las piernas, sintiendo aún más placer. Así estuve, restregando las piernas una contra otra, hasta que todo mi cuerpo se cimbró. A los pocos minutos me quedé dormida. A la mañana siguiente no le conté a nadie de esto, pues sabía que a eso se referían las monjas, además de que no sabía si alguna compañera se atrevería a acusarme y me quería ahorrar un sermón que sonaría hueco e inverosímil en mi interior. Para mí era una forma de conocerme, de dejar que mi cuerpo hablara y de aprender más del mundo.

Al cabo de algunas semanas de haber estado practicando el toqueteo nocturno con asiduidad, en una clase de Historia Sagrada la madre-maestra nos dijo que quienes se tocaban “sus partes nobles” desarrollarían pelos en la mano. Yo me reí. Y la madre-maestra, al notar lo, me dijo que no era gracioso, que era algo científico. ¿Qué tenía que ver la ciencia con esas ideas de pelos en la mano, de quedarse ciego? En mi experiencia, los únicos pelos que me estaban saliendo eran los vellos púbicos.

Así que, en resumidas cuentas, el pecado negaba el placer y, sobre todo, el placer surgido de la sexualidad. Las monjas no hacían énfasis en los pecados relacionados con el asesinato o la traición, ni con el robo o la mentira. Pasaban el tiempo hablando de las trampas que Satanás pone a los seres humanos para que caigan en los peligros del cuerpo.

A mi alrededor yo veía adultos que mentían y engañaban, que deseaban a la mujer de sus amigos, que lastimaban a las personas cercanas,

pero que después, el domingo, iban a la iglesia, oían misa, se confesaban y hasta comulgaban. En mi interior, mientras veía esto me preguntaba por qué la gente hacía una cosa y pretendía haber hecho otra, o pensaba que con decir sus pecados en voz alta a un desconocido, todo quedaba olvidado, cuando quienes habían sido heridos no recibían ni una palabra de consuelo o una explicación ni una disculpa.

Entonces, ¿qué es el pecado? Me preguntaba. Estaba segura de que no tenía que ver con el placer. A mí no me habían salido pelos en la mano y mi vista era de lo más nítida. Durante una larga temporada nocturna, mis dedos abrieron el montículo de Venus para llegar a las cuevas profundas y húmedas de mi cuerpo. No sentía culpa y dormía perfectamente. A veces, mientras yo jugaba con mis dedos en el sexo, alcanzaba a escuchar los sonidos de placer de mis padres al hacer el amor. No comprendía por qué el pecado había llegado a vincularse tan estrechamente con el placer. Es decir, pecado era igual a negar el placer y sentir placer era lo mismo que pecar. ¿Por qué se culpaba al placer de los males del mundo cuando podía ser una fuente de conocimiento? ¿Por qué, entonces, teníamos órganos cuya función era la de proporcionar placer?

Por supuesto que en ese entonces no articulaba yo mis ideas de esta forma. Sin embargo, me daba cuenta de que las monjas tal vez decían lo de los pelos en la mano y la ceguera para asustarnos. Yo pensaba que si me portaba bien, es decir, que si no lastimaba a nadie, no había pecado, sin importar que en las noches, cuando todos dormían, yo explorara mi ser, cuerpo arriba, cuerpo abajo, descubriendo las sensaciones placenteras en los senos y en mi vulva.

Mientras miro la fotografía un poco arrugada, pienso en cómo ha cambiado mi idea del pecado, o quizá ésta se ha afinado, porque nunca pude creer en lo que decían las madres-maestras sobre los pecados del cuerpo. Estoy convencida de que el mayor pecado es aquel cuya acción va en contra del amor. Ya sea que se mate a alguien, lo cual sería un pecado contra el amor a otro ser humano. Ya sea que la pareja traicione, lo cual es un pecado contra el amor. O seguir casada con alguien a quien no amas sólo por tener una tranquilidad económica. O tener hijos para que te hagan compañía cuando seas vieja o para retener a un hombre. De esos pecados no hablaban las monjas.

Placer no es igual a pecado. Pecar es lastimar, herir, despreciar, odiar. El cuerpo no puede pecar, puesto que no odia. Mi cuerpo también se muda de esta casa porque en ella habita hoy el odio que anteaer era amor. Pecado es lastimar deliberadamente a quien dices amar.

—o0o—

Las cajas de cartón llenas al tope me rodean, y todavía me faltan cosas que agregar. Subo a la planta alta. Primero el estudio, donde guardo mis libros y cuadernos. Encuentro fotografías sueltas por el piso. Son las de una amiga de él. Y mis ojos se nublan con las lágrimas necias. Me digo que esa es la evidencia de mi necesidad de partir: el amor se ha acabado y en su lugar se ha instalado el odio.

No sé en qué momento, en el interior de él, ocurrió el proceso alquímico que lo llevó al pecado: pecado de odio por alguien a quien amaste una vez. En el momento en que me percaté de la presencia del odio, decidí que yo no sería quien alimentara su pecado. Tuve que dejarlo, huir de él para no ser aniquilada.

En la recámara la cortina delgada, de encaje, se mecía al viento que entraba por la ventana abierta. La cama con sábanas revueltas mostraba restos de largas noches compartidas con otros y otras. A pesar del aire intruso, el olor a sexo estaba adherido a cada mueble y a cada muro. No había forma de escapar de él.

Sobre la cama un plato con restos de sopa, al lado un condón usado. Sentí tambalearme. Caído, al lado donde él solía dormir, un tubo de gel. Luego unos vídeos con títulos pornográficos que dejé a un lado. No pude resistir la tentación de estirar las sábanas y la colcha, de llevar el plato sucio a la cocina y de levantar los calcetines apestosos. Mientras hacía esto lloraba yo por la pérdida del amor. Pensaba que ese era el mayor pecado: no amar, no ser amado.

Mi cuerpo, ante semejante pecado, se empequeñeció. No había forma de que se quietara mi respiración y si alguien me hubiera escuchado sin verme habría pensado en una mujer excitada a punto de sentir placer. Qué alejada estaba yo de algo así. Sentía que mi piel era de cartón, y que mi cabello se había transformado en mecates deshechos, y

mis ojos eran dos cuencas vacías, y mi sexo era una flor marchita. Esto era el pecado. La ausencia de amor. No los placeres secretos del cuerpo que goza; no las sensaciones corporales de éxtasis. No. La ausencia de amor suplantado por el odio.

Mi primer impulso fue decir: "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa". Pensaba que la pecadora era yo. Pero no. Comprendí que yo todavía lo amaba y que había sido él quien, agazapado en el fingimiento, había alimentado, día con día, el odio hacia mí.

Mis dedos ya no buscaban la entrada a las cuevas húmedas de mis entrañas. Me sentía transformada en un mueble. Y a ratos hubiera deseado ser realmente una mesa sin emociones. Una vez que hube estirado la cama, tirado la basura y recogido la ropa, rocié la recámara con aerosol de flores para tratar de eliminar infructuosamente aquellos aromas.

Entonces, todavía con el aerosol en la mano, caí sentada a los pies de la cama, frente a la televisión; me sentí como en otro lugar. Me había quedado pegada a aquel lecho donde había sido amada, donde mi cuerpo alguna vez había sido tocado como cuerpo y había hecho sonar su propia música. Ya no sería así. Suspiré, y el flujo aumentado de oxígeno me dio fuerzas para levantarme.

Sin pensarlo me dirigí a la puerta y la cerré. No buscaba nada y lo encontré todo. En ese momento lo comprendí. Debía salir de esa casa inmediatamente. Ahí, frente a mis ojos, estaba un zapapico recargado en la pared, oculto detrás de la puerta azul pizarra, esperando su oportunidad.

Él quería pecar conmigo. No sólo había transformado su amor en odio, no sólo se estaba autodestruyendo con el uso de cocaína y alcohol, sino que estaba esperando la oportunidad de destruirme más allá del alma, quería acabar también con mi cuerpo. Tuve miedo. Sin poder controlarlo, aquellas lágrimas contenidas y silenciosas se transformaron en un llanto sonoro, profundo y que dejaba escurrir interminables gotas saladas.

Busqué rápidamente, con movimientos inconexos, lo que quedaba mío en aquella recámara. Metí apresuradamente algunos libros, un video, zapatos y una bolsa en una caja todavía abierta. No podía creerlo. Él esperaba que yo durmiera de nuevo en esa cama para asestarme el golpe final.

Me preguntaba cómo había yo llegado a eso. Tal vez mi curiosidad fomentada por las nociones de pecado que recibí en la primera infancia, y que yo rechazaba, me había llevado a querer descubrir posibilidades de placer y comprobar que éste no tenía que ver con el pecado.

No quise ver que me estaba relacionando con alguien que practicaba el pecado del engaño y, sobre todo, del engaño a sí mismo. Reconozco que yo misma caí en ese pecado. Me engañé cuando no quise ver su desamor. Tal vez aquellas incursiones nocturnas de mi niñez a las cavidades de mi sexo me habían vuelto ciega de verdad, con los años, pues tampoco pude ver que él había buscado en mí a alguien que no era yo.

Bajé las escaleras dispuesta a cerrar tras de mí la puerta de esa ominosa casa para siempre. Acomodé las cajas para que el camión de la mudanza pudiera recogerlas en unas horas más. Por fortuna él había salido de viaje, de modo que yo estaría tranquila para escapar del peligro y del pecado.

Cuando hube llegado al pie de las escaleras recordé que había olvidado en la recámara la caja de zapatos. Subí corriendo aunque las lágrimas seguían escurriendo por mi cara. Ahí, en el piso, al pie del zapapico, estaba la caja entreabierta.

Mi placer secreto había sido bucear en las lagunas acuosas de mi cuerpo cuando niña, cuando adolescente e, incluso, de adulta. Su placer secreto era verme destruida y muerta. Si no podía hacerlo de otro modo, tomaría la acción definitiva: el zapapico.

—o0o—

Aquella mañana Irina y yo caminamos tomadas de la mano, atravesando el patio de recreo, como si fuéramos en pos de un gran peligro. Después de ese patio, más allá de las habitaciones para monjas e internas, había una milpa descuidada, amarillenta y seca. Al atravesar la milpa seguía un terreno de piedras y tierra y del fondo llegaba un aroma pestilente que nos provocaba gestos inesperados.

Mi amiga y yo habíamos descubierto una pocilga que guardaban las monjas en el último rincón de la escuela. No estaba permitido que las alumnas visitaran esos lares; ni siquiera podíamos llegar a los cuartos de

las compañeras internas, mucho menos a los de las monjas. Pero un día nos aventuramos más allá de la milpa.

Lo que primero golpeó nuestros sentidos fue aquel olor fétido que entraba ya no se diga por la nariz, sino también por las orejas y los ojos, que nos empezaron a arder. Luego escuchamos los chillidos que nos sirvieron de guía hasta el chiquero.

Había una cerca formada por varas colocadas horizontalmente, a través de la cual se veían tres enormes cerdos peludos. Pero Irina y yo queríamos verlos de cerca, así que tomamos unos bloques de cemento y nos trepamos. Ahí estaban. Nos miraban de cuando en cuando con sus ojos rojos, como preguntándose qué hacíamos ahí.

Al poco rato de estar observando a las bestias el sudor empezó a gratinar nuestra frente y temíamos que la blusa otrora blanca y planchada acabara sucia y arrugada, lo cual era grave dado que ese día era el de la fotografía.

No sé qué extraño placer encontrábamos Irina y yo, ahí, empinadas, viendo a los cerdos revolcarse en una masa apestosa de lodo y heces. De cuando en cuando nos tapábamos la nariz y hacíamos sonidos guturales que expresaban el asco que nos daba, pero inmediatamente soltábamos una carcajada.

Esos animales contrastaban con los manteles blancos del altar en la capilla, o con los árboles frutales de la huerta, o con el mantel blanco de punto de cruz que tuve que coser en sexto año, o con los anteojos mil veces lustrados en el día de la madre-maestra Amparo. Contrastaban con la respiración suave y rítmica que surgía de mi pecho cuando me masturbaba, y con la música del coro. Pero ahí seguíamos, como clavadas en el piso, como hipnotizadas por el ir y venir de los chanchos acalorados.

De pronto escuchamos un ruido en la milpa. Alguien se acercaba. Dimos un salto, nos miramos y rompimos a reír. De momento las dos habíamos pensado que un cerdo se había escapado. Cubrimos nuestra boca para mitigar la risa. Bajamos de nuestra improvisada plataforma y nos escondimos.

Un zapato negro y puntiagudo asomó entre la milpa, luego el otro y, finalmente, la figura de la madre-prefecta estaba en el terreno. Llevaba una cubeta en cada mano. Caminó decidida hacia la pocilga y se detuvo un

tanto perpleja ante el bloque de concreto. Luego se trepó en él. Hizo un esfuerzo considerable para subir la pesada cubeta y vaciar una masa informe, comida de marranos, en el suelo.

Irina y yo nos miramos con asco. ¿Cómo era posible que el alimento se mezclara con las heces? Cuando la madre-prefecta vertió la segunda cubeta, no pudimos aguantar y soltamos un unánime: “¡guácala!” Salimos corriendo antes de que la madre-prefecta pudiera reconocernos.

Llegamos a la gradería en la que debíamos acomodarnos para la fotografía. Todas las demás habían ocupado ya sus lugares. Sólo faltábamos Irina y yo. La madre-maestra Amparo nos miró regañona por encima de sus lentes, mientras nosotras nos acomodábamos en nuestro sitio. Con un pañuelo limpiamos el sudor de nuestra cara mientras el fotógrafo afinaba el encuadre. Revisé rápidamente el uniforme y no vi rastro de nuestra visita furtiva al chiquero.

Cuando el fotógrafo dijo: “¿Listas?”, pasó enfrente la madre-prefecta tratando de descubrir a las espías. Irina y yo muy serias mirábamos la cámara. La fuerte luz del sol nos daba en los ojos, así que casi todas los entrecerramos. Luego el *flash* de la cámara nos sorprendió.

Sabíamos que esa fotografía era el preludio de otra vida, otras aventuras. Que la mayoría de nosotras ya no escucharía las anécdotas de santos y mártires ni hablaríamos del pecado o los pecados. Cada una seguiría su camino de acuerdo con sus convicciones, su personalidad y preferencias.

A esa edad tenía yo claro que pecado no era igual a placer; que el placer es una vía de conocimiento; que el cuerpo humano es algo hermoso pues está abierto al gozo y a la vida; que algunos representantes de la Iglesia católica preferían pensar que el pecado original era el que nos perdía, tal vez por su voto de castidad obligado; que no sentiría culpa a causa de los placeres secretos en la noche...

Guardé la fotografía en la caja antes de dudar si enmarcarla o no. Decidí que era un recuerdo que prefería guardar en la memoria; un recuerdo hecho de olvidos, que me había obligado a recordar mi relación con el pecado, con el cuerpo y con mi niñez en el colegio de monjas, así como con mi concepción actual de pecado: pecar es no amar y fingir amor.